

dicho que formaban parte del populacho más abyecto de nuestras ciudades europeas. Y sin embargo seguían siendo salvajes. Los vicios que de nosotros habían adoptado se mezclaban con un no sé qué de grosero e incivilizado que los hacía cien veces más repelentes (...) Esos seres débiles y depravados pertenecían, sin embargo, a una de las más célebres tribus del antiguo mundo americano. Teníamos ante nosotros, y apenas decirlo, a los últimos descendientes de la célebre Confederación Iroquesa, cuya varonil sabiduría, no menos célebre que su bravura, mantuvo en equilibrio por largo tiempo la balanza entre las dos naciones más poderosas de Europa» (pp. 16-17). Algunos indios se acercan al joven caído, pero pronto se desentienden. Están todos ebrios. Algunas personas ya se lo habían advertido. Desaparecen día a día, no víctimas de una guerra cruenta, sino del aguardiente barato que les venden. Por fin, una india joven se acerca y le dice algo y comprueba su respiración, tratando de reanimarlo sin éxito. Termina golpeándolo furiosamente con pies y manos. Hasta que se aleja riéndose.

Recuerdo ahora la carta de rendición del jefe Joseph. Me acerco hasta mi estantería a buscar sus palabras transcritas por el filósofo catalán Miguel Morey en su ensayo *Deseo de ser piel roja* (1994), y tomo el pasaje como una poderosa instantánea para otra sebaldiana historia natural de la destrucción.

Tras negarse a trasladar a su pueblo a la reserva de Idaho, emprendieron un camino largo, una fuga hacia Canadá perseguidos por el general Howard, derrotando en su huida al general Gibbon, primero, y Sturgis, después,

hasta que el 4 de octubre de 1877 se rindió. Dijo: «Estoy cansado de luchar. Nuestros jefes han muerto. Son ahora los jóvenes los que en el Consejo dicen sí y dicen no. Mi hermano que los guiaba ha muerto. Hace frío y no tenemos ropas. Los niños mueren de frío. Algunos de mis hombres han huido a las montañas sin ropas ni alimentos. Deseo tener tiempo y paz para ocuparme de los míos y ver a cuántos de ellos podré encontrar. Quizá los encuentre entre los muertos. Escuchadme, jefes: mi corazón está enfermo y triste. En cuanto el sol se ponga, dejaré de pelear y no lucharé nunca más».

Héctor ROMERO RAMOS

Ted Benton e Ian Craib

Philosophy of Social Science. The Philosophical Foundations of Social Thought

(Nueva York, Palgrave, 2001)

A menudo, la sociología moderna olvida sus orígenes filosóficos y tiende a dar la espalda a todo pensamiento especulativo y fundamentador. Con ello, no se hace sino olvidar que nuestra disciplina nació en el seno del pensamiento de filósofos que, buscando las implicaciones sociales que estaban produciendo las transformaciones de la sociedad industrial, comenzaron a generar un *corpus* heurístico y una perspectiva cognoscitiva que poco a poco

cristalizó en una disciplina independiente. Sin embargo, la racionalización de los procesos sociales que pretendía la sociología siempre exigía de un pensamiento «de fondo», de una «teoría» comprensiva y, además, de una «meta-sociología» que justificara y validara los propios métodos sociológicos. Además de ello, todas las cuestiones propias de la «ontología social» —tan determinantes en el pensamiento sociológico inicial— son cuestiones no estrictamente sociológicas, sino filosóficas. En todos estos terrenos la ayuda de la filosofía siempre ha sido necesaria. Pero, desde mi percepción de los hechos, actualmente son pocos los sociólogos que citan a filósofos, mientras que, por el contrario, en importantes libros de filosofía se recurre a las investigaciones sociológicas como apoyo para el discernimiento filosófico.

Este *Philosophy of Social Science* trata de bucear, precisamente, en ese conjunto de relaciones posibles que se mantienen entre la sociología y la filosofía. El libro, escrito por el autor del conocido volumen *Philosophical Foundations of the Three Sociologies* (Ted Benton) y el sociólogo recientemente fallecido (en el 2002) por un cáncer (Ian Craib), es una sencilla introducción a la fundamentación filosófica de las ciencias sociales desde una perspectiva «realista crítica». El carácter introductorio del libro queda muy bien reflejado en la siguiente afirmación: «this is a book of arguments not of conclusions» (p. 11), a lo que añade la recomendación de que el estudiante, cuando se sienta atraído por un enfoque concreto, profundice en las implicaciones de esa postura y, después, trate de criticarla desde otras perspectivas.

Su punto de partida es la tipología de relaciones que se establecieron entre la filosofía y la ciencia a lo largo de su historia. Y, así, Benton y Craib afirman que «en el momento en el que la ciencia moderna estaba en proceso de emergencia en los siglos XVI y XVII era difícil decir dónde podría situarse el límite (*boundary*) entre filosofía y ciencia» (p. 1). Sólo posteriormente comenzó a establecerse la distinción entre ambas esferas del conocimiento. En este contexto histórico-gnoseológico surgen —según los autores— dos concepciones distintas sobre la consideración del papel que deberían jugar la filosofía y la ciencia, respectivamente, para la aprehensión de la realidad. Por un lado, la concepción que Benton y Craib llaman «metafísica», según la cual las verdades más fundamentales sobre el hombre y el mundo, junto a las reglas para lograr un tal conocimiento, podían lograrse a través del argumento racional (*rational argument*) y la ejercitación especulativa de los filósofos. En este sentido, la filosofía es la encargada de proporcionar (y validar) los fundamentos de la investigación de las ciencias especiales. Por otro lado, el enfoque que —siguiendo a Locke— consideró a la filosofía como *underlabourer* con respecto a la ciencia. Este enfoque niega esa soberanía de la filosofía y establece, por el contrario, la tesis de que el conocimiento de la realidad sólo es posible desde «la experiencia práctica, la observación y la experimentación sistemática».

Los autores consideran que antes de considerar el valor propio de las ciencias sociales (y de la sociología en particular) se debe profundizar en el estudio de las ciencias natura-

les y, por lo tanto, en la reflexión filosófica sobre tales ciencias. Y a ello dedican los tres primeros capítulos (2, 3, y 4), tomando como base el empirismo y el positivismo. Benton y Craib desde su realismo crítico niegan valor al positivismo sociológico (y también natural), entendiendo por tal los «enfoques a la ciencia social que han hecho uso de amplios conjuntos de datos, medidas cuantitativas y métodos estadísticos de análisis» (p. 25), caracterizado, sobre todo, por Comte y Durkheim. Su crítica al positivismo reposa sobre el argumento clásico que pone el acento en la diferencia entre las «ciencias naturales» y las «ciencias sociales», debido, fundamentalmente, a la distinción «epistemológica» de los objetos de estudio de ambos tipos de ciencias. En este sentido, afirman nuestros autores: «The crucial difference is that the objects of the social sciences, like the social scientists who study them, are conscious reflexive beings who endow their actions with meaning» (p. 90). Precisamente, esta capacidad de «dotar de sentido» las propias acciones es lo que impide una perspectiva rigurosamente positivista. Ante esta quiebra de un riguroso y miope empirismo en la ciencia, los autores tratan en el capítulo 4 «algunas alternativas al empirismo». En concreto, abordan la mertoniana en conexión con la sociología de la ciencia; continúan con la epistemología histórica y el marxismo estructural; pasan a tratar del desarrollo del «programa fuerte» en la sociología del conocimiento científico desde las revoluciones de Kuhn al relativismo de una gran parte de la actual sociología de la ciencia; y terminan con la perspectiva feminista y «el giro reflexivo» de Latour, Callon y Woolgar.

En este sentido, los autores aceptan el énfasis que las perspectivas post-empiristas han puesto en los procesos sociales (valores morales, intereses prevalecientes y los contextos culturales) como conformadores del conocimiento científico. Sin embargo, al mismo tiempo se distancian de un constructivismo radical que quiera negar toda validez ontológica a la realidad social; es decir, a la «otredad» (*otherness*) de los objetos del conocimiento científico. Según Benton y Craib —frente a los constructivistas radicales—, «el mundo está constituido sólo parcialmente de comunicación y discurso». Y es que «aunque carecemos de acceso inmediato a la realidad externa, tenemos acceso mediato a ella» (p. 74). En este sentido, los autores defenderían que en esta tensión entre, podríamos decir, lo «objetivamente dado» y lo «construido», no se debe perder ninguno de los dos polos: si todo es «objetivamente dado» y presente inmediatamente al conocimiento caemos en el empirismo; mientras que si negamos cualquier estatuto ontológico a la realidad nos hundimos en el poco fértil relativismo constructivista.

Pero, a fin de cuentas, estas perspectivas siguen unidas a los criterios de validez de las ciencias naturales, a las que tienen como «modelos». Sin embargo, hay otro grupo de perspectivas, enfocadas todas ellas a la cuestión de la racionalidad y del sentido de las acciones humanas, que mantienen otra perspectiva distinta sobre lo que debe ser la ciencia. Las ciencias sociales son «cualitativamente diferentes» de las ciencias naturales y, por ello, deben desarrollar sus propios métodos para hacer frente al estudio de sus particulares objetos de investigación. Según Benton y Craib,

se pueden agrupar en tres grandes «grupos» (*clusters*) los diferentes enfoques que hacen hincapié en la racionalidad. A estos tres grandes grupos dedican los tres capítulos siguientes: en el capítulo 5 tratan sobre la perspectiva de la «racionalidad instrumental», en la que Weber es considerado el principal exponente. También pertenecen a este grupo la fenomenología, la teoría de la acción racional, el pragmatismo y el interaccionismo simbólico. En todos estos enfoques es de vital importancia el sentido y la construcción del sentido de la acción humana. Por otra parte, el capítulo 6 analiza aquellas perspectivas que —como las de Peter Winch y Alisdair MacIntyre e, incluso, el propio Gadamer—, aun preocupadas por el sentido, ponen, sin embargo, más énfasis en la cultura a la que pertenece cada individuo, a los juegos del lenguaje y a las narrativas colectivas. Finalmente, el capítulo 7 estudia lo que los autores denominan la «racionalidad crítica»; es decir, toda la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt.

No nos parece necesario —por cuanto llevaría demasiado espacio— hacer un repaso de estos tres grupos «interpretativos», ni tampoco de la perspectiva feminista (cap. 9) o de la post-estructuralista y post-modernista (cap. 10). Sin embargo, parece oportuno detenerse brevemente en el capítulo 8, que está dedicado, precisamente, al «realismo crítico»; postura que ellos defienden *frente a* (o *en conjunción con* algunas tesis de) los otros enfoques sobre las ciencias sociales que se han citado. En efecto, según Benton y Craib: «la mayor parte del debate en filosofía de la ciencia social funciona aún sobre el presupuesto de que hay dos opciones básicas: el positivismo o al-

guna forma de interpretativismo» (p. 119). Frente al empirismo, más ocupado con cuestiones epistemológicas y gnoseológicas, el realismo crítico centra su interés en la ontología. Los inicios de esta corriente filosófica de las ciencias sociales tuvieron lugar en los años setenta en el Reino Unido, siguiendo los trabajos del filósofo realista de las ciencias naturales Rom Harré. Son portadores originarios de esta etiqueta autores como Russel Keat, Jog Urry, William Outhwaite, Ray Bhaskar o el propio Ted Benton.

La postura básica del realismo crítico, que se encuentra a medio camino entre un burdo empirismo y un estéril constructivismo radical, puede ser formulada en estos términos: «los realistas en la teoría del conocimiento defienden la existencia de un mundo real, que existe independientemente de nuestro conocimiento o creencias sobre él. Sin embargo, mantienen que este mundo externo es en principio cognoscible, y hasta un cierto punto está abierto al cambio sobre la base de un tal conocimiento» (p. 120). Como se puede percibir, «realismo» no significa que la realidad social sea «inevitablemente» lo que es; al contrario, se defiende un compromiso que abogue por el cambio de aquello que oprime al hombre: de ahí la etiqueta de «crítico». Por lo tanto, se requiere el conocimiento de las «estructuras subyacentes» a esa realidad que permitan su posterior transformación. En este sentido, se apartan de la supuesta objetividad y neutralidad de los empiristas, y son conscientes de que nuestro «enfrentamiento» con la realidad social o natural se lleva a cabo dentro de la esfera humana de la comunicación y el discurso. Sin embargo, al mismo

tiempo, aceptan junto a los empiristas que esa realidad es «real» y no meramente construida. Es decir, que se nos «enfrenta» como un «otro» que a menudo nos frustra nuestros deseos o intereses (incluso cognoscitivos). Evidentemente, esta realidad no es, como decíamos, inamovible y, por ello, Benton y Craib se sienten asimismo cercanos al planteamiento emancipatorio (a través del conocimiento) propio de la Ilustración.

Los propios autores resumen en cuatro puntos el planteamiento realista crítico:

1. El realismo crítico defiende la posibilidad de dar cuenta de nuestras prácticas cognoscitivas en cuanto tal, en tanto que éstas se refieren a una realidad independiente y no a un agregado construido de discursos y retóricas (lo cual haría imposible mensurar las teorías). Sin embargo, no pretende validar las «verdades» particulares de cada ciencia en cada momento histórico. Por el contrario —dicen Benton y Craib—, sólo cada ciencia en cuestión puede validar tales pretensiones de verdad.

2. Además, el realismo crítico acepta la *reflexividad* sobre las condiciones de posibilidad para el pensamiento, o el lenguaje, de representar algo fuera de sí mismos. Por ello, «el realismo crítico difiere del empirismo al considerar el conocimiento como un proceso social que implica “medios de representación” variables» (p. 120).

3. Por otra parte, el realismo crítico —a diferencia de otras formas de realismo— tiene en cuenta no sólo la superficie aparente de las cosas (potencialmente engañosa), sino también el carácter profundo de esa realidad. Por eso

arriba se habló de «estructuras subyacentes», en tanto que de lo que se trata es de «ir más allá o detrás de las apariencias engañosas (*misleading*)» (p. 121).

4. Por último, una cuestión puramente epistemológica. El realismo crítico es «falible» en tanto que el conocimiento siempre estará abierto a correcciones y precisiones posteriores, a través de observaciones, evidencias experimentales, interpretaciones, razonamientos teóricos, diálogo, etc. En este sentido, como muy bien remarcan los autores, su postura contrasta con «las teorías idealista y relativista del conocimiento que se aíslan a sí mismas de la posibilidad de ser validadas, al haber eliminado (*by doing away with*) la idea de una realidad cognoscible independiente» (p. 121).

Como vemos, el realismo crítico pretende evitar concebir tanto la realidad social como nuestro conocimiento de ella de modo dicotómico o reduccionista. Se defiende la sutileza y la fina argumentación. Ejemplo de ello son las justas distinciones entre «dimensión transitiva» y «dimensión intransitiva». O la estratificación de la realidad social en el dominio de lo real, lo actual y lo empírico. Todo ello desarrollado de modo muy claro en ese mismo capítulo y que nosotros pasamos por alto para evitar extendernos más.

En cualquier caso, este *Philosophy of Social Science* tiene, desde mi punto de vista, tres grandes virtudes. En primer lugar, su carácter fuertemente pedagógico e introductorio: a pesar de ser una obra escrita desde un enfoque particular, analiza con suficiente objetividad los distintos enfoques filosóficos sobre las ciencias sociales, sometiendo cada perspectiva a una

crítica limpia y sincera. Además, lo que da un valor añadido, el libro se cierra con un glosario de algunos de los términos técnicos utilizados. Me parece que es un libro de texto válido para profesores y estudiantes.

Una *segunda* virtud se refiere a un aspecto más teórico. Me refiero a la apasionada defensa del «realismo» y de los problemas ontológicos de la sociología, frente a las teorías más de moda siempre vinculadas de un modo u otro a posturas constructivistas y relativistas (y post-modernistas). Creo que Benton y Craib hacen una apuesta (y quizá la hicieron con más determinación en los años setenta) gnosológica que a menudo es despreciada por las actuales corrientes más radicales de la sociología del conocimiento científico.

Por último, hay una *tercera* virtud que, personalmente, es la que me ha sorprendido más gratamente. Ya hice referencia a la escasa profundización filosófico-teórica a los problemas de fondo de la sociología. En este sentido, Benton y Craib son firmes defensores del refinamiento teórico y del valor del conocimiento en cuanto tal. Si uno no supiera que ambos son sociólogos, al leer estas palabras parecería que estamos ante defensores de la *philosophia perennis*: «El mensaje de esto es que hay un valor en el pensamiento mismo, en reconocer las sutilezas, profundidades y paradojas de las ideas que usamos, y del mundo que estudiamos, y en no evitar cuestiones difíciles porque no hay una respuesta clara para ellas» (p. 174). Ahí queda eso.

Jesús ROMERO MOÑIVAS

Ander Gurrutxaga Abad

La producción de la idea del Nosotros: somos porque estamos

(Vitoria, Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco, 2005)

El presente del Estado-Nación (editor)

(Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 2004)

El momento político actual está marcado por enconadas discusiones sobre las reformas estatutarias en España. Los debates en torno a qué es la nación española, catalana o vasca han vuelto a poner de relieve la vigencia de cuestiones como la identidad nacional (el sentimiento de pertenencia), a las que las ciencias sociales siempre han prestado especial atención. Así, tanto en el campo de la sociología política como en el de los estudios culturales, los debates relativos a nacionalismo, cultura e identidad han sido numerosos, con autores tan relevantes como Anthony D. Smith, Ernest Gellner, Michael Walzer o Benedict Anderson. En el ámbito español contamos actualmente con dos interesantes aportaciones a estas cuestiones: dos trabajos titulados, respectivamente, *La producción de la idea del Nosotros: somos porque estamos* y *El presente del Estado-Nación*, firmados ambos por Ander Gurrutxaga (el segundo como editor) y cuya publicación es, sin duda, una buena noticia. En el primer libro se analiza la creación,